

Escribir sin papel

Poemas



EL PLANO

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



EL PLANO

Los ventisqueros fríos de la montaña Rocky
cuando en invierno gimen al horroroso cierzo,
dejan su voz de pena llegar al río Verde
y empozarse en sus aguas como un fantasma negro.

En verano son otros los que habitan el río:
hojas que de los arces va empujando el solano
caídas a deshora, con prisa de la tierra,
y que los niños cazan desnudos con la mano.

El río Verde impone su ritmo a paso quedo
y su voz casi humana devuelve a las ventiscas
los cantos que le daban, trepando sin descanso
los colores del halda de la montaña fría.

En medio entre uno y otro duerme el pueblo su vida.
Llaman Craig a esas casas que flotan en la tierra,
soñando por las noches subir a la montaña,
por el día soñando nadar el agua quieta.

Hace setenta años, a fines de los 20,
nació en una casita de Craig Harry Lowvalley,
y allí vivió de niño y allí mismo pensaba

que iba a morir un día sin viajar a otra parte.

Y con sus camaradas de vecindad y juegos
se aprendió de memoria toda la cercanía:
cada árbol, cada calle, los oteros, las pozas,
hasta el canto de todas las aves que venían.

Allí sufrió su cuerpo –¡ay, Dios!, arrepentido–
el azotazo seco, castigo puritano.

Y a otro día, entre risas, volvía a sus amigos
buscando si podrían repetir el pecado.

Y también con los otros, al cumplir once años,
puso su cuerpecito a empujar carretillas.
Así se hicieron hombres sus bracitos de niño
en las minas abiertas Hierros Whitacker–Silash.

La flor que verdeaba al brillo de sus ojos
se abrió al son repetido de las máquinas rojas,
y su pelo encrespado mil veces se irisaba
del polvo que subía al pisar de las botas.

Y luego, por la tarde, a meterse a los bosques
y respirar los vientos húmedos y agradables,
pescando en los ribazos, mirando los ponientes,
sintiendo que la tierra es parte de su sangre.

Sin pensar que existiera otro mundo distinto
lejos de aquellas luces que sus ojos veían,
los días iban lentos pasando por su cuerpo
y nada echaba en falta para alegrar su vida.

Y cerraron entonces la altísima cancela
de las minas Whitacker–Silash una mañana.
En los ojos de todos hubo estupor. Preguntan
y sólo les contestan: “La mina está cerrada.

Se ha decidido lejos de aquí: los amos nunca mantienen una mina si no les da dinero".
El miedo cala en cada pared de cada casa:
el hambre –sin la mina– se adueñará del pueblo.

Nadie habla por las calles, los hombres se pasean taciturnos y tristes. En la cantina nadie se atreve a confesarlo, pero en su fondo todos saben que uno tras otro acabarán marchándose.

Después de muchos y antes de otros muchos amigos, Harry debió llorar abrazando a los suyos mientras se despedía, subido ya el petate, en las escalerillas del autobús nocturno.

Las calles de Detroit lo vieron con desprecio: allí no había río ni montaña ni nada, sólo calles y calles sin que ninguna nunca tuviese entre las suyas a las últimas casas.

En la ciudad le daban trabajo a quien pedía, todos encargos tristes por igual, y parejos también en su miseria los céntimos que rentan siempre a puerta cerrada, nunca a vista del cielo.

Amigos no los hay, compañeros tan sólo.
Los dulces recorridos por callejas de casas,
son hoy rutas que cumplen hediondos autobuses
en los que silenciosas van bocas y van almas.

Y por las noches, solo, en la calma del pobre cuarto en el que descansa, un único consuelo a su tristeza encuentra: en un plano recorre el pueblo y la montaña y el río con los dedos.

Mientras que el sueño sube desde el pecho a los ojos,
todas las noches gasta su ensueño viendo el río
y su cansino paso junto a los robledales
y oliendo en la montaña la flor del malvavisco.

Más de dos mil kilómetros son nada esos minutos:
sus yemas con los charcos de los campos se mojan
se enfrían en la cumbre de la montaña Rocky
y se cansan corriendo del rápido a las pozas.

Y luego, cada noche, sucede siempre igual:
se le cierran los ojos con mezcla de tristeza
de cansancio y de lágrimas, y dobla el plano en cuatro
y echado en su camastro le queda el alma muerta.

Por la ilusión del mapa pasa los días vivo.
Cada noche le sabe por la ilusión del mapa
a las miradas limpias y al aroma del monte,
perdidos (son sus dedos) sus pies entre las jaras.

Han pasado los años, la vida se ha gastado
en un ir y venir desde el trabajo al sueño.
Nunca juntó Lowvalley el dinero preciso
para tomar de vuelta el camino del pueblo.

Y la vida se gasta y se gastan los días,
y el mapa se ennegrece al compás de los años.
Al cabo en esa carta no se distingue nada:
los caminos se han roto, los nombres se han borrado.

Como si un barco solo en medio de la mar
su brújula y su radio las perdiera de pronto
y perdiera con ellas el último contacto,
la única esperanza de llegar a su puerto,

igual miraba Harry su deambular inútil

por días y más días, por incontables noches,
sin que esperara nada la sonrisa menuda
que se abría en sus labios al leer esos nombres.

A los cincuenta y siete años, Harry Lowvalley
entristecido y pobre, pidió prestado a cuenta
del salario de cuatro meses de su trabajo,
dinero para el viaje hasta Craig, de ida y vuelta.

Desanda así el camino por carreteras nuevas.
Distintos son ahora las casas y los rostros
y los pueblos, crecidos, son como las ciudades,
y ruedan miles de autos corriendo sin estorbos.

Él pensaba que en cuanto pusiera un pie en la tierra
la garganta estaría estrecha y que a su vista
acudirían una tras otra muchas lágrimas
para enturbiar las luces de la mañana tibia.

Pero son tantos tantos los cambios que padece
el mundo, tantas vueltas le dan tantas mudanzas,
que nada es ya como era, como estaba en la imagen
que el muchacho guardó cuando dejó su casa.

Las casas no parecen las mismas que él veía.
A nadie reconoce, ninguna voz le suena.
Si hoy tuviera su plano, igual se perdería:
tanto ha cambiado todo, tanto mudó la escena.

¡Qué infierno lo recorre y le enturbia la sangre!
Apenas quedan casas en pie de las que entonces
grabaron sus pupilas. Esta es otra ciudad
distinta y son distintos igualmente estos hombres.

¿Dónde, pues, encontrarse puede su corazón?
Su cuerpo habita un mundo donde todo es extraño,

y su memoria –ahora lo ve– no tiene casa,
si no es únicamente la casa de su plano.

Se busca lentamente entre recuerdos viejos,
se busca entre las calles y entre las caras de otros.
Poco a poco, el solano lo va bajando al río
y sus ojos sonríen al ver el mismo otoño,

las mismas hojarascas que pisaba de niño
y entrando aguas adentro, siente el fresco refugio
de sus frías corrientes y sin pensar en nada
se rinde al remolino que lo ahoga desnudo.

Allí, Harry Lowvalley volvió a ser el que era,
unos instantes sólo fue de nuevo feliz;
olvidó la congoja y los años perdidos
y sintió que en su vida salió nunca de allí.

Los ventisqueros fríos de la montaña Rocky
cuando en invierno gimen al horroroso cierzo,
dejan su voz de pena llegar al río Verde
y acompañan a Harry en su viaje ligero.